Papeles Salmantinos de Educación -Núm. 7, 2006-
Facultad de CC. de la Educación, Universidad Pontificia de Salamanca

IDENTIFICACIÓN Y ABOLICIÓN DE VIEJAS Y NUEVAS FORMAS DE MISOGINIA EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA. PISTAS PARA EDUCAR CONSTRUYENDO UN ESPACIO IGUALITARIO

Identification and abolition of new and old ways of misogynous in the contemporary society. Making educationally an egalitarian space

Teresa Sánchez Sánchez

RESUMEN: *La misoginia es el principal obstáculo para alcanzar una sociedad verdaderamente igualitaria. Su arraigo en actitudes, creencias y prejuicios es mucho mayor y más sutil de lo que cabría esperar. La dificultad de detectar estas formas sibilinas y encubiertas de misoginia impiden su abolición. Este trabajo pretende contribuir a su identificación como condición previa a su crítica y eliminación. Sin ello, cualquier ley o sistema pedagógico fracasarán en sus objetivos igualitarios.*

Palabras clave: *Antifeminismo, creencias misóginas, igualdad, géneros, sexismo benevolente.*

ABSTRACT: *Misogynous is the main handicap to reach a really egalitarian society. Its attitudes, believes and prejudices are strongly settled in society in a very subtle way. It exists a difficulty to detect these sibylline and almost covered ways of misogynous, making difficult its abolition. This work tries to contribute to its identification as a previous condition to their criticism and elimination. Without it, any law or pedagogical system will fail in their egalitarian objectives.*

Key Words: *Antifeminism, misogynous believes, equality, genre, benevolent sexism.*

Universidad Pontificia de Salamanca

Comenta Esther Tusquets, en "Prefiero ser mujer" que la mayor parte de las mujeres por ella consultadas afirman que se sienten muy satisfechas de haber nacido mujeres aunque pocas habrían suscrito lo de "por suerte soy mujer", porque pecaría de arrogante o petulante atribuirle a la suerte una satisfacción con el propio sexo que suele ser producto de una conquista laboriosa y plagada de dificultades y obstáculos. A fuer de resultar estúpidamente obvia, no es lo mismo afirmar "por suerte soy blanco" o "Por suerte soy rico" que "Por suerte soy mujer". Claro que, en los tiempos que corren, si un hombre hiciera la misma afirmación: "prefiero ser hombre" sería tachado de jactancioso y machista, pues estaría alardeando de un plus de ventajas o beneficios que, sólo siendo un machista empedernido, podría tolerar sin reclamar equidad y, por consiguiente, la abolición de los mismos en aras de una distribución más ecuánime de favores y trabas. Ahora bien, "prefiero ser mujer" contiene implícito un "a pesar de todo", o "en el medio y circunstancias de una clase media, más o menos democrática, tolerante y razonablemente no sexista", y de ninguna manera, ninguna mujer incluida en esa categoría minoritaria debería olvidar que cinco sextas partes de la población femenina mundial viven en condiciones bien diferentes: de opresión, discriminación, vejación o explotación de toda índole. Sólo la indiferencia egocéntrica y la estulticia perezosa pueden hacernos olvidar que la mayor parte de las mujeres del mundo aún hoy exclamarían "¡ojalá hubiera nacido hombre!".

1. SOBRE LAS FALACIAS ANTIFEMENINAS

El feminismo fue identificado como una ideología corruptora de las costumbres, la moral social y la vida matrimonial. Socavaba los cimientos que ordenaban religiosa, política y económicamente el mundo. Para conjurar su avance e implantación en el deseo femenino, un ejército de predicadores, textos escolares, médicos de cabecera, consejeros matrimoniales y la Sección Femenina se aprestaron a asociar cualquier reivindicación igualitaria con el antifeminismo y la perversidad. Luis Otero recoge con gracejo un centón de citas que trataron de combatir o contrarrestar, durante décadas de oscuros y

Universidad Pontificia de Salamanca

espesos preceptos morales, la lucha por la equidad y la emancipación. Una de dichas frases es la siguiente:

> "El movimiento feminista, la aspiración de la mujer a disfrutar de los mismos derechos sociales que el hombre, es un intento absurdo y que desprestigia a la mujer como ser inteligente. ¿No se da cuenta que al pedir una igualación sale perdiendo? ¿No ve que esto, además de ser imposible, porque no somos iguales, la perjudicaría? La única explicación posible de semejante disparate es la falta de feminidad entre quienes plantearon tales reivindicaciones y con pertinacia siguen persiguiéndolas. Las que acaudillan este movimiento suelen ser solteronas o mujeres psíquicamente viriles" (A. Clavero, Antes de que te cases, 1946).

He aquí la primera falacia misógina: *la mujer que abogara por su dignidad e igualdad estaba exhibiendo virilidad e inmoralidad (esto es: debía ser machirulo y viciosa).*

Pilar Primo de Rivera negaba a la mujer todo talento creador, reservando para ella, la sola capacidad de interpretar, con más o menos acierto, lo que los hombres le dieran hecho. Lo idóneo era que la mujer ejerciera sólo un poder por delegación, sin aprestarse a tomar iniciativas que desvirilizaran al hombre y provocaran su humillación, su inseguridad o su hostilidad. El 'eterno femenino' estribaba, en el inconsciente colectivo de las generaciones educadas durante el franquismo, en la dulzura, la gracilidad y el disimulo pudoroso de su propio pensamiento. En suma: inhibir su capacidad, cuando es superior, o coquetear haciéndose la tontita indefensa para alentar el sentimiento de dominación y protección en el hombre (sea éste compañero en el trabajo o pareja en la convivencia), que tan halagador resultaba para su hombría.

La "ley ordinaria" y consuetudinaria establece una distribución desigual de las actitudes y cualidades entre ambos sexos. Burlar o esquivar dichas distinciones adjudicadas en función del género, equivale a la transgresión y dinamitación del orden natural. Hasta se desaconsejaba el uso de la bicicleta en la mujer porque facilitaba la salida de la población, con el riesgo de deshonestidad correspondiente. La autonomía física de movimientos propiciaba la profanación y el acoso. La teoría implícita de que toda mujer es Eva seductora y debe, al mismo tiempo, hacer gala del máximo pudor, la obligaba a un doble mensaje: 'debes agradar para atenerte a los dic-

Universidad Pontificia de Salamanca

tados de la feminidad, pero no exponer tu deseo de hacerlo porque propiciarías el asalto del hombre':

> "¡Cuántas veces frívolas mujeres han llamado soeces a los jóvenes que a su paso les decían ciertas palabras! Las pobrecitas no se dan cuenta que la culpa es de ellas. ¿Acaso no acostumbra gruñir la fiera cuando tiene delante de sí la carne que ha de devorar?" (Perpetuo Espejo Higueras, 1944).

La segunda falacia es que: *la mujer posee una condición pasiva, receptora y masoquista que la dota de un mayor atractivo que si fuerza su naturaleza e intenta ser activa, productora y gobernadora del entorno*.

El trabajo fuera del hogar para la mujer certificaba, entre otras cosas, la dificultad para preservar el recato y el cumplimiento de los 'sagrados deberes' de la mujer, y por ende el fracaso del hombre en hacer valer sus capacidades, su solvencia y su prestigio para dar a la mujer una vida acomodada y un buen pasar sin que tenga que mancharse con menesteres ordinarios e innobles. Aunque minoritaria, sigue siendo una aspiración de algunos hombres 'retirar a su mujer de las faenas extrahogareñas' y para la mujer 'encontrar a un hombre rico que las quite de trabajar'. La pregunta sería: ¿No subsiste, acaso, en algún sustrato profundo e irracional de la mente, esta creencia falaz tanto en hombres como en mujeres según la cual, se deduce que *la compañera trabajadora lo es por necesidad, por insuficiente nivel sociolaboral de sus maridos o parejas o por encontrar en el trabajo una forma de entretenimiento y rentabilidad mientras aparece el galán que la redima de tan oneroso sacrificio*?

2. SOBRE LAS SOTERRADAS Y VIGENTES EXPRESIONES DE MISOGINIA EN LA ACTUALIDAD

Pero, incluso en nuestro armonioso y civilizado mundo europeo del naciente siglo XXI, donde se predica la igualdad en la diferencia, en el pensamiento enfáticamente positivo que nos rodea, si no existieran dudas ni problemas, no se subrayaría tanto lo evidente: ser mujer sigue doliendo a veces. Algo soterrado y oculto por lo ideológicamente incorrecto se sigue filtrando y atufando muchos ambientes: frases, miradas, insinuaciones, júbilos y lamentos que nos dan la pista de que el querer ser y el deber ser de la feliz igualdad no se

Universidad Pontificia de Salamanca

corresponde aún con el ser real. Y es que subsisten, insidiosas, muchas actitudes a priori, tratamientos y consignas que predisponen a la continuidad de las diferencias y los sesgos:

En un análisis de contenido somero sobre el tipo de discurso relacionado con los temas de mujer es frecuente encontrar que a lo femenino se le atribuye **lírica** (el adorno, el encanto, la belleza, la poética del hechizo femenino), **dramatismo** (la pasión, la tortura, el desgarro y la rotundidad de lo emocional), pero no **narrativa** (ideología, pensamiento, planificación racional), ni **épica** (la gesta femenina relacionada con la acción, la intervención en el mundo*). Estas dos últimas facetas parecen reservadas para los hombres: el pensamiento y la decisión/acción.*

El hecho de que el tsunami feminista —que fue uno de los principales movimientos socio-políticos e ideológicos que definieron el siglo XX— haya colocado en el punto de mira los estudios sobre la mujer, creando secciones especiales en las librerías, departamentos universitarios, secretarías ministeriales, géneros literarios y artísticos específicos, etc, no debe hacernos olvidar que la mujer es, todavía lo excepcional, lo enigmático, lo diferencial, alentando la exploración y la reflexión. Lo femenino sigue siendo el negativo de un 'positivado' masculino, por mucha atención que se le preste. Como Luis Bonino (director del Centro de Estudios de la Condición Masculina, en Madrid) apunta*, los valores masculinos siguen encarnando el paradigma de la 'normalidad', de la salud mental, la madurez y la autonomía, mientras que las anormalidades psíquicas afectan en mucho mayor grado a las mujeres.*

El adjetivo femenino, aplicado a la ciencia, al arte, etc, se reserva, a veces, para clarificar un terreno a medio camino entre lo infantil y lo adulto. Lo 'femenino' se usa demasiado a menudo como pretexto de la insuficiente calidad del trabajo realizado, cual si ello sirviera de excusa justificativa. Prueba de ello es que hombres inseguros de su excelencia, presentan sus obras a los premios y concursos con pseudónimo femenino y viceversa: mujeres convencidas de su calidad han publicado a lo largo de la historia con alias masculino. *Desgraciadamente la autoría femenina de trabajos, actuaciones y creaciones sigue esgrimiéndose tanto por algunos como por algunas a modo de coartada 'ad captandam benevolentiam'.*

Universidad Pontificia de Salamanca

El tabú de la inteligencia femenina censura en las mujeres toda exhibición de vanidad u orgullo por los logros conseguidos (casi siempre, por otra parte, atribuidos a razones externas), en tanto que los consiente y jalea en los hombres. El insigne Gregorio Marañon, no se cortaba un pelo al afirmar:"Agitadoras, pensadoras, artistas, inventoras: en todas las que han dejado un nombre ilustre en la historia, se pueden descubrir los rastros del sexo masculino, adormecido en las mujeres normales"

Pareciera obligatorio pedir permiso y perdón por ser inteligentes, ganarse la indulgencia y el respeto, sin despertar con ello el recelo y la prevención. Como si renunciar a lo genuino de la feminidad deviniera la condición para poder pensar. Decía una indiscutible pionera:

> "Si la inteligencia es patrimonio masculino, ¿qué remedio queda? Parezcámonos al sexo inteligente y desertemos del nuestro dentro del cual no podemos ni discurrir ni actuar" (C. Arenal, p. 70).

¿Quién no ha oído alusiones del tipo 'los tiene bien puestos', 'ella lleva los pantalones aquí' o 'mujer de pelo en pecho' referidas a las féminas con poder jerárquico.

El varón suele contemplar el proceso hacia la igualdad como una pérdida de poder (incluso simbólicamente como una castración de su virilidad) y control sobre su propia vida y el mundo. Sin embargo,

> "quizás haya llegado el momento en que el hombre de nuestro tiempo comprenda que la autorreferencialidad del patriarcado resulta ya una ideología limitada, obsoleta, ahistórica, injusta y, posiblemente, una prisión para él mismo. Si es consciente de ello, el varón podrá aventurarse a experimentar nuevas formas de vivir en sociedad que le resulten más creativas, más nutricias, más satisfactorias, plenamente viriles y más justas para todos" (A. Carabí, 2000, p. 18).

Se trata, en suma, de construir nuevas masculinidades que rompan con el cliché. Puesto que, al igual que ocurre con la mujer, no se nace hombre, sino que uno se convierte en hombre, es posible intervenir en qué tipo de hombre se desea ser. No es preciso reprimir el componente femenino que anida en cada hombre (recuérdese la teoría jungiana del *animus* y el *anima* convergentes en todos los seres vivos), procedente de las determinantes relaciones de apego e identificación que cualquier niño tuvo con su madre como primer víncu-

Universidad Pontificia de Salamanca

lo afectivo. Se puede y se debe apostar por su conservación, pese al predominio de la identidad masculina. Los hombres que apuestan por una identidad de género demasiado polarizada (ser hombre es no ser mujer; ser viril es excluir todo lo femenino de uno), se aprisionan a sí mismos en una cárcel que merma su espontaneidad, su relación con las mujeres y que, por ende, compromete el desarrollo emocional de sus propios hijos. *Si cada hombre se propusiera descubrir y liberar en sí mismo opciones que asocia habitualmente a las mujeres –y por consiguiente que mutila de sí mismo- se atrevería a encarnar una nueva masculinidad que mejoraría su relación con otros hombres y con sus compañeros e hijos, amén de con las mujeres de su entorno laboral o afectivo.*

Una precondición altamente favorable al ajuste psicológico y social está representada por la definición andrógina de los sujetos. En la medida en que ni hombres ni mujeres asuman estereotipos marcados y opuestos acerca de la masculinidad o feminidad, respectivamente, tanta mayor facilidad van a tener para integrarse a exigencias de su vida personal o laboral que no sean drásticamente significativas de lo masculino y de lo femenino. En verdad, lo que impera en la actualidad no son las polarizaciones: o muy macho o muy hembra, sino estados intersexuales, híbridos y mixtos de 'androginia'. *Todos asumimos, por identificación, distintos grados de conciencia de género en lo femenino y lo masculino. Al fin, el género es una cuestión de predominancia de los roles* (A. Escartí, G. Musito y E. Gracia, 1988).

Flaco favor se sigue haciendo en la educación cuando, imperceptiblemente, se orienta a las chicas a la elección de materias y funciones, conocimientos y habilidades compatibles con las líneas clásicas del estereotipo femenino: asistencia y enseñanza, excluyéndolas de actividades tradicionalmente masculinas. No olvidemos que:

> "La división del mundo del trabajo en trabajo masculino y trabajo femenino corresponde a una época anterior. Las facultades humanas difieren conforme a pautas más complejas que las del sexo, y, como ocurre con la mayoría de las distintas segregaciones, la segregación en función del sexo en el mercado de trabajo y en la educación, ha sido a la vez motivo y excusa de la discriminación existente" (A. Escarti, G. Musito y E. Gracia, 1988, p. 216).

Universidad Pontificia de Salamanca

El ancestral mito del **miedo a la mujer que sabe latín**, que es valerosa y despierta, ha tenido legión de cultivadores. Algunos de los mensajes disuasorios más divertidos son los emitidos por Ramiro Camacho quien afirmaba que: "En cuanto goza de cultura y de renombres viriles, la mujer suele perder la gracia y la modestia y adquirir aires de dómine o de sportman", o de Federico Corominas, que exhortaba a no obtener título universitario si se deseaba encontrar marido, porque "Cada cosa en su sitio". Y el de la mujer no es el foro, ni la clínica, ni el laboratorio, ni el taller o la fábrica, sino el hogar" (Adolfo Maíllo. Inspector de enseñanza primaria). Incluso algunas mujeres son las principales apóstoles de la teoría de la supeditación, aún teniendo cualidades superiores:

> "La mujer que trabaja, si ocupa un cargo de responsabilidad, no debe en manera alguna hacer sentir el peso de su dominio sobre los hombres que están en el mismo despacho, laboratorio, etc… porque la marimandona encumbrada es otro espectáculo de decadente feminidad, como también lo es el de la secretaria, seca, pecosa y fea, con lentes en la punta de la nariz y pelo cortado a lo chico o recogido con un rodete" (Cecilia A. Mantua, 1946).
>
> "La mujer se somete sin dolor y sin amargura a jefaturas masculinas, aun en el caso de reconocer la carencia de dotes de mando en la persona que lo ejerce. Pues bien; aun en estos casos, el trabajo se ejecuta normalmente, lo que no suele acontecer en la situación inversa" (Francisca Bohigas, 1947).

¿Cuántos de estos clichés subsisten, siquiera atenuados?

Lo emocional y lo vincular/familiar están sobredimensionados en la mujer. Este suele ser el tipo de mandato de género que la atrapa en posiciones de sólita e insólita, evidente o larvada, clamorosa o insidiosa, franca o sibilina desigualdad. Cuando Bosch y Ferrer trataron de explicar el caldo de cultivo que predispone las diversas formas de maltrato de género, observaron que *la interiorización de mensajes misóginos en las propias mujeres las convierte en cooperadoras inconscientes e involuntarias del sojuzgamiento que padecen*. Ellas hacen depender su autoestima del apuntalamiento que les brindan sus padres, hermanos, novios, maridos o hijos. El narcisismo femenino a menudo se supedita, no al éxito, sino a la consecución de objetivos vitales en al área de lo privado-afectivo. El fracaso en este ámbito las lacera primordialmente, mientras que, por el contrario, aceptan sin rebelión las múltiples expresiones de misogi-

Universidad Pontificia de Salamanca

nia en las que se ven envueltas. *Tan imbuidas están por su propia aculturación que terminan por naturalizar e invisibilizar su condición de víctimas*.

La misoginia es una enfermedad social ancestral vinculada a las sociedades con estructura patriarcal y que consiste en una actitud que predispone al odio, la ridiculización, el desprestigio y el afán de destrucción. Obviamente, tras ello anida la envidia y el miedo a lo femenino. La misoginia no es sino una formación reactiva frente a estos sentimientos: una suerte de guerra preventiva de características paranoides. La misoginia se nutre de prejuicios (evaluación negativa y visceral contra lo femenino), se abastece de creencias irracionales y estereotipadas, sobregeneralizadas y tópicas, acerca de rasgos y atributos debilitantes y burlescos y de actuaciones discriminatorias, sexistas e injustas.

3. SENSIBILIZARSE RESPECTO A LA MISOGINIA PARA COMBATIRLA

G. Lipovetsky (1999), frente a la dolida y desguarnecida mujer retratada por Simone de Beauvoir en "El segundo sexo", presenta una alternativa neofeminista que se abre paso en la nueva sociedad. La llama "La tercera mujer", pues nada tiene que ver con la primera —correspondiente a la sociedad antigua y medieval—, la segunda —vigente durante el Renacimiento y la Era contemporánea e industrializada—. Esa 'tercera mujer' es producto de la sociedad hipermoderna en la que nos desenvolvemos, caracterizada por el triunfo del individuo frente a las clases, colectividades o estructuras jerárquicas (derechos individuales, autonomía ética, entronización del yo, etc), por la personalización (*custominación*, *tuneado* y singularización del hombre-masa globalizado y anónimo), por el hedonismo gozador, la cultura del *entertainment*, el esteticismo y el bienestar indiferente. La primera mujer había sido demonizada, convertida en bruja maligna, poderosa y embaucadora: la Eva maldita. La segunda mujer fue un icono de la belleza, inaccessible en la idealización pero desactivada y sometida merced al dominio masculino de la sangre o del contrato matrimonial. En cambio, la tercera mujer puede hacerlo y conseguirlo todo igual que un hombre, sin

Universidad Pontificia de Salamanca

más límites que su ausencia de deseo o su elección personal. Ni la biología, ni la Psicología ni la Sociología pueden refutar la conjetura de la equidad de capacidad, posibilidad y ejecución. Siempre, claro, que el yugo de la inercia social, de los propios estereotipos y engranajes sociales cimentados de determinada forma se lo permitan. Lipovetsky piensa que, superado el feminismo, no se ha producido la confluencia de los sexos, de forma que, aunque sea inconcebible el retorno a las modalidades sexistas de antaño, tampoco se consumará plenamente el universo unisex. Cree que hay una insuficiencia democrática que se plasma en la desigualdad de géneros que se recicla continuamente revistiendo nuevas apariencias. La tercera mujer conjuga la mujer nueva y la eternamente repetida:

> "… las disimetrías según el género están lejos de desaparecer; aunque en la actualidad todo lo que uno hace resulta, en principio, accesible al otro, sigue siendo cierto que en los gustos, las prioridades esenciales y la jerarquía de las motivaciones, la separación estructural e identitaria masculino/femenino se produce, siquiera sea miniaturizada" (p. 12).

Ya no es inconcebible que las mujeres asistan a la Universidad, son de hecho mayoría, pero incluso dentro de ella se está seguro de que ocuparán puestos subalternos en profesiones consideradas de segunda. Por ejemplo, dentro de la misma Universidad de Salamanca, donde hay 300 catedráticos, sólo 28 son mujeres. Este misterio no tiene nada de insondable. No es más que la herencia de atávicas creencias que culpabilizan a la mujer cuando es demasiado válida:

> "El cultivo intensivo y preferente de la inteligencia al hombre le da altura y perfección, a la mujer la despersonaliza, la priva de características propias: afectividad, espontaneidad, sonrisa, simpatía, valores que la Humanidad busca y quiere en la mujer" (Quintín de Sariegos, 1960).

O esta otra perla:

> "Los hombres de hoy admiramos la cultura, en la mujer, como uno más añadido de sus hechizos; mas, sinceramente, para nosotros (tal vez equivocados), la preferimos en su rosada tinta —sin adulteración—. Que la mujer obtenga acceso a todas las profesiones, que tenga voto; pero, la que se consagre al matrimonio que no se prepare leyendo a Nietzsche, gustando a Zola. Cuidado, no se desvíe su matriz" (Q. Saldaña, 1928, p. 60).

Universidad Pontificia de Salamanca

¿Acaso creemos desterrados del inconsciente milenario estos apremios por agradar y halagar el narcisismo masculino a cualquier precio?

Aunque la belleza masculina sea un valor en alza en la moda metrosexual o *übersexual*, se sigue predicando como atractivo dominante en el hombre su inteligencia o su arrojo emprendedor que garantiza la subsistencia de la prole. En tanto que las mujeres demasiado inteligentes —como recuerda pasmada Anna Caballé— siguen irritando a muchos hombres y despertando su recelo, su repulsa y, en ocasiones, "su deseo de matar".

Asignamos distintos valores y expectativas a hombres y mujeres, pese a llevarlos a las mismas escuelas y estudiar las mismas asignaturas, porque ya los propios libros de texto contienen ilustraciones que diferencian el ámbito público (económico-lúdico) de los hombres, del ámbito privado (afectivo-cuidador) de las mujeres. El arquetipo laboral sobre la mujer se corresponde con una posición jerárquica inferior y se la racionaliza en función de su supuesta actitud cooperativa y comunal, mientras que el arquetipo laboral sobre el hombre se corresponde con una posición jerárquica superior, de agente, y se basa en su mayor inclinación al ejercicio del poder, la toma de decisiones y al talante más autónomo e influyente. Véase, de muestra, un ejemplo de la orientación profesional de hace algunas décadas:

> "La repugnancia que la mujer siente por la abstracción y todo lo que tiene carácter especulativo y su superioridad en todo aquello que es de orden práctico, intuitivo y de imaginación, deberían alejarla de todos aquellos estudios que no la ponen en contacto con la vida concreta y emotiva, como el Derecho, la Política, la Filosofía y las Matemáticas, e inclinarla, por el contrario, hacia aquellas profesiones intelectuales que la relacionan con el mundo que la rodea, como la puericultura, la enseñanza, la música, la pintura, la decoración, la literatura en todas sus formas, las funciones de Directora de Bibliotecas y Museos y todos los trabajos en general de costura, tejido, decorado y mobiliario" (Francisco Peiró).

– Sin embargo, el hecho de que los estereotipos hayan funcionado como buenos predictores del tipo de comportamiento social o laboral de los individuos no significa que exista correlación alguna entre los roles sociolaborales y el sexo. Más bien ha

Universidad Pontificia de Salamanca

sido la expectativa social sobre el comportamiento esperado en uno y otro sexo los que han coadyuvado a la ocupación concreta de determinados puestos y funciones. ¿Qué hacer, si no, cuando se asociaba el aprendizaje de la lógica, la filosofía o las matemáticas con enfermedades del sistema nervioso prontas a degenerar en locura o incluso con la virilización en los caracteres sexuales o la esterilidad?

– Una malévola interpretación arraigada en ciertos sectores muy conservadores vincula el empleo femenino con la inestabilidad conyugal. Pues bien, efectivamente: la mujer que posee sus propios ingresos a menudo toma la resolución de separarse de un marido insatisfactorio o de una vida conyugal frustrante, en tanto que la que no posee sus propios ingresos no lo hará en igual medida. ¿Pero no hacerlo equivale a garantizar la estabilidad conyugal o sólo el aguante? En cualquier caso, el problema no se zanja con la renuncia al trabajo femenino y la perpetuación de modelos discriminatorios, sino desculpabilizando a la mujer de su apuesta igualitaria y resocializando al hombre-marido para ajustarse a una situación matrimonial distinta de aquella que, muy probablemente, haya conocido en su propia familia de procedencia.
– Distinto reparto de la solidaridad de género: se admite que se da entre los hombres (y socarronamente se le presupone una función defensiva ante la acometida femenina; se oye a menudo que los hombres están a la defensiva ante el avasallamiento creciente de las mujeres), mientras que se niega la existencia de solidaridad femenina (por presuponer que tras dicha apariencia se oculta la envidia, la competitividad, la secreta rivalidad por la seducción y el poder). Vista desde el ángulo masculino, la armónica relación entre mujeres no sugiere cooperación, equipo o suma de fuerzas sino conspiración contra ellos y confabulación de la marabunta destructora.
– Es frecuente asistir a la embarazosa situación social en la que se salva y aclama a la mujer que en ese momento está presente (se esquiva la acusación de que la crítica, o la sorna, o la discriminación tenga que ver con la interlocutora: ‘no lo digo por ti, pero las mujeres…’), pero se denigra al ‘colectivo’ anónimo

Universidad Pontificia de Salamanca

y genérico al que pertenece, esperando el asentimiento y la pasividad de la mujer concreta e incluso su complicidad y adhesión a lo manifestado (ya que se le ha hecho el honor de considerarla una excepción a la regla). ¿Acaso no es mezquino y ruin permitirlo? *No se salva al género, excluyéndonos ni dejándonos excluir con ningún tipo de discriminación positiva. Cuando ésta sucede, por lo general, no es más que un reconocimiento a la aplastante e indiscutible excelencia de la persona particular, no a su condición de mujer, sino a pesar de ella*. Recordemos la frase genial de Françoise Giraud:

> "*La igualdad de sexos se habrá conseguido el día en que una mujer incompetente sea elegida para un puesto de poder*".

– *La presión para y la autoexigencia de gustar a toda costa al entorno, sobre todo al masculino, lleva a posiciones de seducción, fingimiento y juego forzado que coartan la libertad y la naturalidad de las mujeres*. De no encajar en este patrón —simétrico al afán de triunfar en el varón— la cascada de descalificaciones se sucederá. No hay nada peor que llamar fracasado a un hombre o feorra y marimacho a una mujer. Lucir un aspecto descuidado, ojeroso, cansado o no vestir coordinadamente, llevar el pelo semilimpio e ir sin maquillar suele interpretarse como indicador depresivo o de negligencia poco femenina en la mujer, en tanto que pasan más desapercibidos –o francamente perdonados- en el hombre. Este obligado papel de cortesana en su función decorativa y estética es un plus sobreañadido al resto de los atributos que, en tanto que trabajadora, esposa o madre, debe cumplir a diario.
– En ciertos ámbitos no se elige a la mujer en función de su estética, pero sí es un elemento prioritario entre los criterios de selección. *El doble mensaje es: como ser humano, debe ser independiente; como trabajador, debe ser solvente, eficaz, inteligente; como mujer, debe ser estéticamente amable, apetecible, agradable*. Por supuesto, que las mujeres que no cumplen este último requisito existen, pero se las oculta o se las invisibiliza. Sólo hay que fijarse en los distintos comentarios que suscitan los y las representantes ministeriales. ¿De cuántos

Universidad Pontificia de Salamanca

ministros se ha escuchado nunca como motivo para la repulsa "¡con lo feo, o lo calvo, o lo canoso, o lo delgado, o lo viejo, o lo triste, o lo encorvado que está!? En cambio, adornar el comentario referido a las ministras de ¡fea, ridícula en el vestir, monja alférez, vieja, gorda, escuálida, marimacho, etc! es lo habitual. Seguimos dando por válido el compromiso tácito de que vocacionalmente la mitad de la humanidad debe ufanarse de agradar a la otra mitad, y si no es así, se presupone que algo perverso, extraño, maligno o antifemenino anida en su naturaleza, y eso provoca desconfianza.

– Con frecuencia, *las mujeres topan en su ascenso laboral con el conocido "techo de cristal"* con múltiples variables causales. Sólo apuntaré una: así, mientras el hombre tiende a considerar que su ocupación es un derecho y una necesidad imprescindible y naturalmente ligada a su condición de proveedor, la mujer aún tiende a situarse a sí misma y a permitir que subrepticiamente otros la coloquen ahí, como si de una concesión o un privilegio se tratara, por lo que a menudo cede el paso a los varones con ímpetus de ascenso, ambiciones y vocación de trepas: cual si, inconscientemente, les consideraran merecedores de aspirar a lo que la sociedad espera de ellos. A decir verdad, y lamentablemente, la tolerancia social acepta la igualdad formativa, laboral y jurídica de las mujeres, siempre que se sigan comprometiendo a saber rehogar las judías o a la doble jornada, a la vigilancia de los hijos y a la organización doméstica. Pero, ni que decir tiene, la dispersión mental, las demoras, los aplazamientos y los obstáculos que marcan el doble ejercicio de la feminidad todavía hoy, producen dos riesgos: la moderación o supresión de ambiciones profesionales competitivas o la estresante exigencia de convertirse en una *superwoman*. *Infortunadamente, a menudo es el déficit narcisístico de ellas el factor coadyuvante necesario para la prosperidad a menudo inmerecida de ellos*.

El referido "techo de cristal" —definido por Burin y Dio Bleichmar (1996) como: "Superficie superior invisible en la carrera laboral de las mujeres, difícil de traspasar y que les impide seguir avanzando. Su invisibilidad está dada por el hecho de que no exis-

Universidad Pontificia de Salamanca

ten leyes ni dispositivos sociales establecidos ni códigos visibles que impongan a las mujeres semejantes limitaciones, sino que está construido sobre la base de rasgos difíciles de detectar"— tiene también su cooperador necesario en la mitología respecto al menor compromiso profesional y mayor absentismo laboral que el mercado y los empresarios presuponen que comporta la contratación de las mujeres. *El temor a ausencias, permisos y bajas extraordinarios origina que no se asignen de primera mano a la mujer tareas para las que está sobradamente cualificada, en prevención de que vayan a abandonarlas para atender a su rol de cuidadoras (hijos, ancianos, dependientes).*

Otros autores, sin embargo, apuntan a otras razones más o menos peregrinas. V. Prego (2000), por ejemplo, habla de la reticencia de gran número de mujeres a dedicar a la vida laboral el tiempo ilimitado y sin diques que se les exige a los cargos directivos, pues ello tropieza con otras dimensiones generalmente prevalentes en su código vital. La inefable Condesa del Campo Alange, atribuye al '*pasmo maternal*' el principal obstáculo al desarrollo de su productividad. Además, sentencia que aquellas que no lo experimentan y no sucumben a él, tarde o temprano, su disociación de los afectos acaba cobrándoles factura en forma de histeria o de esterilidad mental. O sea, que no hay redención.

En las mujeres es fácil advertir mayores niveles de autoexigencia y autocrítica, desconfianza en las propias capacidades, entusiasmo sostenido en el tiempo y autocensura de las propias ambiciones. Se mantiene la duda de que la mujer mantenga una "*centralidad en el trabajo*", lo que la ubica en el observatorio y diana de los maledicentes, envidiosos, codiciosos y trepas, que aguardan la flaqueza o escollo femenino (de la enfermedad, del estrés laboral, de las cargas familiares) para hacer valer su mejor cualificación para medrar a costa de ellas.

Pero la vileza e indignidad del modelo patriarcal superviviente alcanza su cénit cuando se desdeñan las quejas de la mujer y se aplacan sus iras recurriendo al argumento de que no se angustian, ni sufren, ni trabajan, ni pasan tantas calamidades, sacrificios y renuncias como las abuelas, madres o parientes de generaciones anteriores. He ahí la cuestión que parece persistir en el imaginario arcaico

Universidad Pontificia de Salamanca

del inconsciente colectivo: en él continúa presuponiéndose que lo natural es la angustia, el sufrimiento y la resignación, y se añade que pecamos de ingratitud con nuestra suerte dado que no padecemos tantas calamidades y atrocidades como nuestras predecesoras de otras generaciones. ¡Eso ya nos convierte en afortunadas!

4. HACIA UNA EDUCACIÓN IGUALITARIA

Cierto es que ya no esperamos que la mujer se ajuste al patrón "BBVA": Bonita, Boba, Virgen y Aseadita, pero seguimos tolerando que se la exhiba como mercancía de consumo asociada al marketing publicitario. De hecho, sigue sorprendiéndonos el anhelo secreto y la admiración que despierta en el hombre la mujer geisha, sumisa y entregada, abnegada y silenciosa, humilde y resignada.

Pero las propias mujeres alimentan, so pretexto del amor, esos extenuantes modelos de masoquismo femenino, al estilo del cuento de Perrault titulado Grisélida. La educación familiar, progresista y liberal en los contenidos, pero misógina en las formas y en los mensajes inconscientes, otorga un papel de niño desvalido o de dios impetuoso al hombre, en tanto que de mamá complaciente o de princesita a la mujer. Se nos exhorta con el poder oculto ('armas de mujer': coquetería, dulzura, halago) y las maniobras de la ternura a calmar al niño grande fatigado de las exigencias del mundo (el 'reposo del guerrero' del que habló Nietzsche) o a doblegar y manipular con la seducción y la sedación de la lujuria al león de las batallas. Pero va siendo hora de que los hombres no se sientan obligados a representar el papel de niños ante sus mamás-mujeres o el de dioses ante sus princesitas-hetairas, así como de que las mujeres no impostemos el papel de mamás solícitas y resignadas ante nuestros compañeros o maridos o el de domadoras y danzarinas hipnóticas y complacientes para rendirlos y envanecerlos. Falta iniciar una relación inédita, de igual a igual,

> "… relación entre dos individuos limitados y que han de morir, pero que pueden recorrer juntos parte del camino, hacer cosas hermosas, producir realidades útiles, pelear por un mundo un poquito mejor, ser felices a ratos, individuos capaces de dar, recibir, compartir, sentirse libres y solidarios, y tal vez arriesgarse, incluso, al amor adulto" (E. Tusquets, p. 66).

Universidad Pontificia de Salamanca

5. ALERTAS RESPECTO AL SEXISMO BENÉVOLO

Las nuevas formas de sexismo se están produciendo ante la masiva incorporación de las mujeres a los ámbitos laborales, políticos y sociales. Son más sutiles, ambivalentes y simbólicas. Por ejemplo: se rechaza la desigualdad, pero se consideran excesivas las reivindicaciones que reclaman una igualdad verdadera, como por ejemplo, a través de la discriminación positiva transitoria hasta que se restablezca la igualdad basada en el mérito. Tiende a evaluarse como fruto sólo de la imagen empresarial y de lo políticamente correcto cualquier promoción femenina, y desde luego **no** probadamente merecida como en el caso del varón. Vamos: que para muchos sólo es admisible que a la mujer se la promocione paternalistamente para quedar bien y dar buena imagen a la empresa, al partido político o al colectivo de turno, pero no que ella se afiance asertivamente sin su ayuda o su condescendencia. Con lúcida amargura, Alberdi recuerda que:

> "Las mujeres que hemos entrado en política a través de la cuota, hemos llevado con nosotras ese estigma, teniendo que explicar y demostrar permanentemente nuestra valía. A los hombres, se les presume, como el valor al soldado" (C. Alberdi, 2000, p. 212).

Una forma perversa de cumplir con la apariencia de la democracia paritaria en las empresas o grupos políticos es asignar a ciertas mujeres destacadas para determinados cargos relevantes, pero sustituirlas por otras o trasladarlas a otros puestos (una especie de itinerancia del liderazgo). Esta estratagema, sospechan los suspicaces, es una forma ladina e indirecta de impedir que la mujer valiosa arraigue y se consolide en algo, una manera encubierta de cercenar su influencia ideológica.

La política de paridad es una forma de superar el **déficit de ciudadanía** y el déficit democrático que se constató en la Cumbre de Pekín de 1995. A ella asistió Cristina Alberdi, apuntalándose allí dos ejes centrales en todos los acuerdos: el *empowerment* (empoderamiento) y el *mainstreiming*. El primero, "significa sacar a la mujer de la situación histórica de sujeción y dependencia", potenciándola, capacitándola, promocionándola, convirtiéndola en definitiva en sujeto de derecho y de derechos. El segundo, pretende incorporar el

Universidad Pontificia de Salamanca

análisis de las situaciones socio-políticas y económicas desde la perspectiva del género.

El sexismo benevolente e indulgente es más soterrado y oculto que el sexismo hostil. En el primero coexisten actitudes de prevención en unos ámbitos (por ejemplo: juzgar que las mujeres son competentes en determinadas tareas, pero no en otras) con actitudes prosociales de ayuda, confidencialidad y buena atmósfera de trabajo y respeto. El reconocimiento del poder femenino en la esfera de cuidado maternal y de protección del hogar y de la prole favorece que los hombres tengan una actitud positiva de reverencia y, en ocasiones, de dependencia, pero en la bifurcación laboral que coincide y se yuxtapone con el varón, ahí surge la rivalidad, y puede percibírsela como alguien a quien 'conviene cortar las alas'.

Resaltar lo complementario del toque femenino es una forma de fijar a la mujer en su papel tradicional, sin que ose contravenirlo en exceso. Halagar a la mujer para inmovilizarla en un rol controlable y dirigible. Esta estrategia se utiliza desde tiempo inmemorial para ensalzar el impagable cometido de la secretaria 'que está en todo', sin la cual –se le recalca- yo estaría perdido por mi falta de atención a las menudencias, por mi despiste, etc. Sí, pero, el alma mater de las miles de oficinas y administraciones, bufetes o clínicas, centros escolares o bancos, ese modelo de eficiencia, dedicación y abnegación, aparte de un homenaje por su jubilación o un ramo de flores por su cumpleaños, casi nunca obtiene el verdadero rédito a su inconmensurable valor: participar en la toma de decisiones. Este sería el único galardón que le hiciera justicia sin limosnear.

A menudo, esta forma de sexismo pasa desapercibida para todos y negada por quien la ejerce, que puede seguir aplaudiéndose a sí mismo por liberal, moderno y ecuánime. Sin embargo, *he aquí que la protección galante de la compañera de trabajo, la conversión de la socia en confidente personal y la petición con guiño incluido de un 'favor personal', como ¿me puedes ordenar la mesa, cielo?, no hace sino reproducir la misma distribución estructural del poder, relegando a la mujer a roles subalternos: de ayuda, de apuntalamiento o de ambientación estética.*

Estos comportamientos de **adulación debilitante** son denotativos de **microviolencia** porque coartan el desarrollo personal, arrinconan

Universidad Pontificia de Salamanca

mientras simulan estar valorando y promocionando; significan: 'eres muy válida, pero quédate donde estás, no se te ocurra hacerme sombra', una aplicación más del sistema del palo y la zanahoria.

La desventaja del sexismo benévolo es que desarma a las mujeres, pues mientras que el sexismo hostil genera resentimiento y cautelas, este otro no: qué mujer considera una ofensa una frase amable, un encargo amistoso, una sugerencia o consejo bienintencionado. *Ellas están preparadas para defenderse de los ultrajes, de las imposiciones basadas en la jerarquía de género, del acoso o la vejación, pero no para defenderse de un piropo blando, de un apelativo cariñoso, de un elogio a la dulzura de su voz o a sus cualidades morales*. Lo malo estriba en que, so pretexto de la caballerosidad o de la preocupación por las cargas de la trabajadora, el compañero se autoasigna mayores responsabilidades y sacrificios, lo que acabará otorgándole un rango superior que termina relegándola a un segundo plano. El 'favor' inicial ha devenido arma de segregación. ¿Cómo van a protestar de algo cuando se recubre la exclusión de la apariencia de cuidado y comprensión?

Para evitarlo, *muchas mujeres pagan el peaje de desnaturalizarse, asumiendo el código axiológico de los hombres, socializándose como ellos*. La recompensa esperada es el 'colegueo', pero al precio de renunciar a su propio código vital, cambiando sus prioridades, emulando las masculinas. A menudo, las renuncias e insatisfacciones que ello comporta –aunque no siempre y no para todas, pero sí para bastantes-, se saldan con insatisfacción, amargura, depresiones o distintos cuadros de neurosis. Lo que volverá a merecer la acerba y cruel crítica machista por haberse convertido de compañera competente cuando joven, en 'loro', arpía, virago insoportable o solterona ridícula. Entonces se la invisibiliza o se la ultraja con burlas o sarcasmos degradantes. Y es que una gran diferencia consiste en *que mientras en un hombre profesional, se antepone lo de profesional a lo de hombre, en cualquier edad y cargo, a una mujer profesional, se le suele anteponer, en cualquier edad y cargo, lo de mujer a lo de profesional*. Perdura una cierta creencia de que la buena profesional es un "desecho de gineceo", por lo que las mujeres feas gozan, extrañamente, de más ventajas que las vistosas y deseables en sus ambi-

Universidad Pontificia de Salamanca

ciones profesionales. Son más respetadas, pese a los comentarios vejatorios de los que son víctimas frecuentemente.

6. SOCIEDAD IGUALITARIA = SOCIEDAD JUSTA

La idealización y la denigración de la mujer son el haz y el envés, dos caras de la misma realidad de la que resultan actitudes igualmente misóginas. Las distorsiones que afectan a la igualdad, impidiéndola, provienen tanto de la imagen favorable y prejuiciosamente positiva hacia la mujer (el 'orgullo de género' muy extendido entre las mujeres y muchos hombres) como de la imagen negativa hacia ella (más continuista del pasado patriarcal). Al sexismo benévolo se suman muchas mujeres, retroalimentando el mismo reparto del poder que es habitual en empresas, corporaciones, etc, y cuya justificación tiene que ver con que se sienten halagadas por la deferencia y la alta estimación que se les manifiesta. La realidad mostrada por los estudios es que el sexismo hostil y el benévolo son compatibles en los mismos sujetos porque se dirigen hacia distintos tipos de mujeres: el mismo hombre puede venerar a su madre y a su secretaria y denostar a la camarera del bar o a la vecina de despacho o de escalera: todo dependerá de lo que, en su opinión, se ajusta a lo que 'debe ser verdaderamente una mujer', y a la percepción de fuerza y/o amenaza que mantenga respecto a ella.

En la nueva sociedad se lleva ser mujer, independientemente del sexo que se posea, eso al menos viene afirmando V. Verdú tanto en "El estilo del mundo" como en "Yo y tú: objetos de lujo", y eso porque es femenino el perfil postmoderno del sujeto completo: flexible, perceptivo, versátil, adaptativo, con inteligencia emocional, tenaz y sutil. El estereotipo de lo femenino se está globalizando por la maximización de beneficios, al margen de quien lo encarne. La sentimentalidad y fisicidad del contacto humano, el factor emocional ('e-factor') que todo lo inunda, la customización y el toque distintivo se apoderan de cualquier relación comercial. El hombre medio ha acogido de buen grado y mimetizado este patrón de seducción porque le libera de la adustez fatigosa del machismo. Aunque su profecía interpretativa le lleva a afirmar que el movimiento de emancipación femenina ha tenido demasiado éxito, pues ha desnivelado la balan-

Universidad Pontificia de Salamanca

za del lado femenino, desembocando en una apología desmesurada de la mujer y en la propaganda andrógina contra los horrores y la ignominia machista. Verdú habla del ultrapoder de las mujeres y desvela y acusa a partes iguales a las mujeres de una egolatría de género, advirtiendo que:

> "El modelo de desavenencia intersexual contemporáneo está compuesto, de acuerdo con la narración imperante, por un hombre malo o malísimo y una mujer buena o heroica" (V. Verdú, 2001, p. 177).

Piensa, como Baudrillard, que tampoco esta situación es igualitaria y equitativa, dado que al resentimiento femenino contra el macho opresor le ha sustituido el resentimiento femenino contra el macho blando, *light*, impotente y castrado. Advierte de la existencia de una reacción opuesta a la patriarcal y completamente reactiva, consistente en la mala conciencia que recae sobre los hombres por serlo, lo que les lleva a camuflar y avergonzarse de su virilidad, de modo que el "*supervedetismo hembra*" que hoy se estila, ha disminuido al hombre, liberándolo de sus obsesivas cargas de rendimiento sexual y de éxito profesional y económico.

Algunos, como J.A. Marina y M. de la Válgoma (2000) abogan por la no discriminación, antes que por la igualdad, porque –creen- que esta última no respeta la identidad diferencial, cuando de lo que se trata es de eliminar la marginación o exclusión de derechos paritarios entre ambos sexos. La equidad de derechos va soldada a la libertad, a la dignidad y, por consiguiente, a la justicia.

7. BIBLIOGRAFÍA

ALBERDI, C. "Ser feminista". En: L. Freixas, *Ser mujer*. Madrid: Temas de Hoy, 2000.

BOSCH, E. y FERRER, V. A. *La voz de las invisibles. Las víctimas de un mal amor que mata*. Madrid: Cátedra, 2002.

CABALLÉ, A. *Una breve historia de la misoginia. Antología y crítica*. Barcelona: Lumen, 2006.

CAMPO ALANGE, CONDESA DE. *La guerra secreta de los sexos*. Madrid: Revista de Occidente, 1948.

CARABÍ, A. "Construyendo nuevas masculinidades: Una introducción". En: M. Segarra y A. Carabí (eds), *Nuevas masculinidades*. Barcelona: Icaria, 2004..

Universidad Pontificia de Salamanca

ESCARTÍ, A.; MUSITU, G. y GRACIA, E. "Estereotipos sexuales y roles sociales". En: J. Fernández, *Nuevas perspectivas en el desarrollo del sexo y el género*. Madrid: Pirámide, 1998, p. 205-225.

LIPOVETSKY, G. *La tercera mujer*. Barcelona: Anagrama, 1999.

MARINA, J.A. y VÁLGOMA, M. DE LA. *La lucha por la dignidad. Teoría de la felicidad política*. Barcelona: Anagrama, 2000.

MOYA, M. "Actitudes sexistas y nuevas formas de sexismo". En: Barberá, E. y Benlloch, I.M., *Psicología y Género*. Madrid: Pearson Educación, 2003.

OTERO, L. *He aquí la esclava del señor*. Barcelona: Ediciones B, 2001.

TUSQUETS, E. *Prefiero ser mujer*. Barcelona: RqueR ed, 2006.

PREGO, V. "Ser profesional". En: L. Freixas, *Ser mujer*. Madrid: Temas de Hoy, 2001.

SALDAÑA, Q. *Siete ensayos sobre la Sociología sexual*. Madrid: Mundo Latino, 1928.

VERDÚ, V. "El nuevo hombre. La liberación sexual masculina". En: P. Roma, *Ser hombre*. Madrid. Temas de Hoy, 2001.

VERDÚ, V. *Yo y tú, objetos de lujo. El personismo: la primera revolución cultural del siglo XXI*. Madrid: Debate, 2005.

Universidad Pontificia de Salamanca